

# ENEMIGOS IMAGINARIOS

---

JAIRO ANDRADE



Enemigos imaginarios  
Autor: Jairo Andrade López  
Bogotá, 2019  
Literatura colombiana, cuento  
116 p; 15 x 23 cm

© Jairo Andrade  
Enemigos imaginarios

© Resplandor Editorial  
Primera edición: octubre de 2019  
ISBN: 978-958-59743-6-4

Editor:  
Neil Romero R.

Producción:  
Andrea Torres

Diseño de cubierta:  
Camila Ramírez

Armado digital:  
Taller Virtual de Escritores  
[www.tallervirtualdeescritores.com](http://www.tallervirtualdeescritores.com)

Impresión:  
Panamericana Formas e Impresos Ltda.

Todos los derechos reservados. La copia en cualquier medio o formato requiere permiso escrito del editor.

Impreso en Bogotá, Colombia

*A Andrea Torres, aliada real*

## METEMPSICOSIS

Me gano la vida paseando perros. Un oficio tranquilo, si se compara con mi adicción a la literatura, de la que por suerte ya fui rehabilitado. Pero estos apuntes no son sobre mí, aunque me incluyen. Sus verdaderos protagonistas son el doctor Mora y su aberrada convivencia con Hemingway. Todavía no tengo claro qué tanto tenga que ver el maestro con todo esto, pero fue lo que sucedió y me hace bien narrarlo.

Conocí al doctor Mora por casualidad, en el Parque Nacional. Paseo todas las mañanas mi manada por sus senderos desde hace tiempo. Sin falta, lo vi en la misma silla cada día, entre las siete y las nueve de la mañana. Siempre leyendo un libro, casi siempre de Hemingway. A veces se animaba a emprender breves caminatas que terminaban tres o cuatro bancas más arriba, en las que volvía a ganar el libro.

A distancia prudente, compartía esta suerte de silenciosa complicidad lectora. Mi ejemplar favorito del norteamericano sigue siendo *El gato bajo la lluvia y otros relatos*. Todavía me gusta leerlo mientras los perros jadean tranquilamente sobre el prado. Antes de que pasara todo, desde ahí mismo calculaba las páginas que el cómplice releía cada mañana. Sin duda, su novela preferida era *Las verdes colinas de África*. Pero si un día él llevaba *Por quien doblan las*

*campanas* o *Adiós a las armas*, en la tarde me costaba no sacar mi ejemplar y repasar los fragmentos que suponía él había leído.

Tras dislocarme el hombro por una torpeza doméstica, debí pedir ayuda a un colega desempleado para que paseara mi manada. Igual, lo acompañaba. No estaba dispuesto a enfriar mi relación con los propietarios, por algo me habían elegido. Además, cada animal ya tenía un lugar especial en mis afectos. En conclusión, podía vagar un poco mientras supervisaba a mi reemplazo. En especial los domingos, cuando mi amigo llevaba la manada hacia los senderos altos, para evitar la concurrencia. Ese domingo, mientras mi suplente devolvía la manada a sus hogares, me acomodé en cualquier banca. A leer. Me dolía un poco el hombro, pero no hay mejor anestésico que la lectura, pese a sus efectos secundarios. Las horas volaron.

De repente noté que alguien había ocupado la banca del frente. Era él, el otro devoto de Hemingway. En sus manos, *París es una fiesta*; *Tener o no tener* en las mías. Todavía no abría su libro. Corría una fuerte brisa. Parecía embelesado con el movimiento del ramaje de los pinos. Caí en cuenta del doble desatino: si bien él había llegado tarde (eran más de las cuatro), yo me había sentado frente a una de sus bancas habituales. Por puro azar, ambos habíamos roto los límites del lugar y la hora. Por lo tanto, ¿era ese el lugar y la hora?

—Buenas tardes —le dije tras ponerme de pie—. Disculpe si lo interrumpo. Veo que es un lector asiduo de Hemingway. Solo quiero decirle que me alegra compartir ese vicio. Preciso en este parque, todos los días.

—Lo reconozco —me respondió—. Usted pasea una manada de perros por las mañanas. Le confieso que me sorprende: no tiene cara de adicto a Hemingway.

—Ya lo ve, un escritor nunca sabe para quién trabaja.

—¿Cuánto tiempo lleva leyéndolo?

—Desde el colegio. Me obligaron a leer *El viejo y el mar*. Llegué por cuenta propia a los demás cuentos y de ahí a las novelas. Más de veinte años.

—No me vaya a decir que también escribe.

—Ni pensarlo. Ya fuimos pescados por la vida. ¿Para qué morder otra vez el mismo anzuelo? Es lo primero que uno saca en limpio de Hemingway.

—Bonito juego de palabras, se parece mucho a una conclusión. Pero no se quede ahí de pie. No soy su profesor de bachillerato —repuso con amabilidad, para invitarme a compartir su banca. *Tener o no tener* y *París era una fiesta* cambiaron de lugar para dejar que nuestras manos se estrecharan.

\*\*\*

Mientras el sol caía con pereza, departíamos animadamente sobre nuestro paladín literario. Entre una y otra anécdota, el doctor Mora me confió que practicaba un tipo de cacería a la que llamó “safari urbano”. La idea de la modalidad, difícil de imaginar, y sobre la que no entró en detalles, había surgido de las novelas del Nobel. Lo tomé como broma, así que le dije haber aprendido a boxear en mi juventud y luego enrolarme en el ejército para imitar al maestro. Según mi teoría, si lograba cierta simetría con la biografía del autor, la lectura de su obra cobraría una nueva vida. Gracias a este truco, *Los asesinos* y *El gato bajo la lluvia* habían sido casi míos algunas tardes. Desde entonces, había procurado que, salvadas las proporciones, su vida se pareciera a la mía. Sostuve la mentira con la mirada.

El doctor Mora vaciló un momento. Luego me preguntó si aceptaría visitar su casa. Quería mostrarme sus más preciadas colecciones: una biblioteca especializada en la vida y obra de Hemingway y sus trofeos de caza. Siempre he cuestionado mi admiración por un autor que enaltece la matanza de animales. Es algo que no espero resolver pronto; continuamente aparece un renovado repertorio de preguntas y respuestas sobre el tema. La primera colección del doctor Mora, sin duda, me interesaba más que la segunda. Pero seguro no podría visitar su biblioteca y luego evadir los trofeos de caza.

Acepté con disimulada inconformidad. Vivía muy cerca, a solo unas calles. De camino hablamos sobre la etapa previa a su suicidio: la oscura época de los choques eléctricos contra la depresión; la mañana final del dos de julio del sesentauno, aferrado a su escopeta de doble cañón.

—Un error inaceptable —dije—. ¿A qué médico se le puede ocurrir recetarle electrochoques a un Nobel? Es obvio que el psiquiatra necesitaba con urgencia el mismo tratamiento.

—Pero, ¿qué alternativa tenía el médico? Era el tratamiento más avanzado para la época. Si se tildara de loco al siquiatra que recetó la terapia eléctrica, también habría que juzgar al armero que le vendió la escopeta. La cadena iría a dar mucho antes de su propio nacimiento. Habría que tener en cuenta su historial familiar.

—«Probablemente voy a ir de la misma manera» —dije, citando las palabras con que el novelista se refirió al suicidio de su padre.

—Es inquietante la casualidad de este encuentro entre dos adeptos de Hemingway —dijo, pasado un momento—, así como su intención de alinear su vida con la del escritor. Vivo una situación similar, aunque involuntaria.

—No le entiendo bien.

—Me refiero a que curiosamente he sufrido la mayoría de los accidentes y enfermedades con que lidió el maestro. La más reciente fue en condiciones casi idénticas a su último percance aéreo en África, solo que a mí me sucedió en el litoral peruano —explicó, y se quitó la gorra—. Mire: como él, yo perdí parte del poco cabello que me quedaba en el incendio. Y también sufrí quemaduras en el brazo, como él.

Es bien sabido que Hemingway no podía poner un bombillo sin accidentarse. No contento con esto, se involucró en cuanta guerra pudo. Realizaba safaris por África y pescaba en alta mar. Bebía como cosaco, boxeaba. Si algo tuvo aparte de libros fue partes médicos; su anatomía era un compendio de cicatrices. El doctor Mora se había puesto en el trabajo de hacer un inventario de las lesiones y dolencias sufridas por el escritor, y había encontrado un paralelo asombroso con las suyas propias. Su historia clínica parecía un plagio de la de Hemingway. La visita a la biblioteca del doctor Mora cobró un inusitado interés.

\*\*\*

—¿Sí ve? —dijo, mientras comparaba los documentos extendidos sobre la mesa de su biblioteca con variados apartes biográficos—. Neumonía, fractura de rodilla. Carbunco, contusiones craneanas, presión arterial alta. Diabetes, fractura de brazo, disentería, depresión maníaca... Todos los diagnósticos coinciden, excepto las heridas por fuego de mortero. Al menos hasta hoy.

—Pero nada comparable con la rara coincidencia de dos accidentes aéreos en un mismo viaje, y en circunstancias tan parecidas —le respondí, con la evidencia de ambas

situaciones apenas diferenciadas por la locación geográfica. Mientras Hemingway se había accidentado en las praderas africanas, una vez contra un poste eléctrico y otra por explosión de un motor de la avioneta durante el despegue, al doctor Mora le había ocurrido prácticamente lo mismo sobre territorio peruano, en un remoto islote del Pacífico.

—Me temo que soy víctima de una suerte de metempsicosis —dijo—. Puede que el jején trágico de Hemingway se haya colado en mi vida a través de la lectura compulsiva de su obra. Minuto a minuto e irreversiblemente, mi vida deja de ser mía para calcar la del maestro.

—Se está dejando llevar por una fantasía fatalista. En unos meses usted mismo se burlará de todo esto.

—Lo dudo. De hecho, ahora casi puedo asegurar que mis días terminarán como los del maestro, por mano propia. Bien lo citó usted en el parque, «Probablemente voy a ir de la misma manera».

—No se lo tome tan a pecho. Son simples desvaríos de lector crónico.

—Es lo que intento, se lo aseguro. Pero estamos condenados a no saber nada de nada.

Hice silencio para favorecer un conveniente aire solemne. Menos mal, de súbito dio una palmada y con renovada energía me invitó a pasar a la sala, donde podría admirar sus trofeos de caza.

\*\*\*

La enorme casa de estilo Tudor tenía acceso desde el jardín a la casita que hacía de biblioteca, de modo que aún no conocía el interior de la residencia. Cruzamos el patio y

el doctor Mora abrió una puerta lateral que daba a la sala. Saludó a voces a alguien. Por toda respuesta oí lo que me pareció el resoplido de un gigante y un ruido de cadenas o engranajes desde lo alto. La chimenea estaba apagada; las cortinas cerradas. Por un instante solo pude entrever la escena. Entonces el doctor Mora encendió la araña que colgaba en el centro del salón. Y ahí estaban sus trofeos de cacería. Se trataba de un grupo de bustos, cuidadosamente embalsamados y enmarcados en maderas preciosas, que colgaban de la alta pared enchapada en piedra sobre la chimenea.

Habría unos diez trofeos y, al alcance, una escopeta Winchester, quizás la responsable de que ocuparan esa pared. Todos los bustos eran de razas diferentes. Todos, seguro, de pedigrí. Un mastín, un dálmata, un san bernardo, un gran danés, un pitbull, un afgano...

Más arriba, coronando el abominable conjunto, había una especie de platico, que bien mirado era una cabeza humana, reducida y aplanada quién sabe por qué método. Me pareció que era un abogado indígena o un abogado alienígena, algún tipo de intercesor macabro que se había apoderado del juicio del doctor Mora.

Entre la repulsión y el miedo, sentí que aquel mural, la biblioteca, la casa y el mismo doctor Mora amenazaban la precaria estabilidad de mi vida. Maldije la hora en que me envicié a Hemingway. En la mañana regalaría todos sus libros. Pensé inventar cualquier cosa para salir de ahí y en adelante evitar al doctor Mora en el parque, si es que me lo cruzaba por el nuevo recorrido que inauguraría. Luego concluí que esa idea era cobarde, impracticable. Entonces un eco, un tinnitus, una perturbación que solo podía comparar con la metempsicosis, pero amplificada por un cúmulo de presencias acuciantes, depositó el huevecillo de la solución en mi cabeza.

*Jairo Andrade*

Era cuestión de fingir indiferencia. Confirmar si en realidad había un Prometeo encadenado en los altos de la casa... O simplemente esperar el momento propicio, tomar la Winchester, o mejor un atizador, y demostrarle al doctor Mora que no. Que estaba equivocado, que él no se iba a ir de la misma manera.